Bosque

Eduardo Perezzi

Image not found.

Capítulo 1

Max se despertó sobresaltado, su visión era confusa, un fuerte dolor en su cabeza no lo dejaba pensar con claridad. Como un acto reflejo se tomó la cabeza, por el fuerte dolor punzante que siente en su frente. Al tocarse, siente el suave tacto de un líquido espeso y resbaladizo, de inmediato se mira las manos, era sangre. Buscó entre sus ropas algo que le pudiera servir para limpiar la sangre, pero nada pudo encontrar. Solo tenía en sus bolsillos un puñado de papeles arrugados a los cuales no les dio importancia.

Decidió entonces ocupar su chaqueta, la misma que llevaba hace más de dos años, una chaqueta típica para el clima de invierno. Era su querida chaqueta de color marrón.

Rompió una de las mangas para poder ocuparla como una tira, y envolvió su cabeza haciendo algo parecido a un turbante. Estaba en eso cuando cayó desde la chaqueta, una bola de papel arrugado. Max sintió la necesidad, un impulso repentino, que necesitaba revisar aquella bola de papel que yacía tirada en el suelo. Algo en su subconsciente lo hizo desear revisarlo. Su mirada se clavó fija en esa bola de papel, mientras un escalofrío le recorría el cuerpo, un gélido toque lo hizo estremecer. Se acercó y se inclinó para recoger la bola de papel, solo en ese instante, noto en donde estaba. Tomo el papel y alzo la vista, grandes árboles que él jamás había visto estaban a su alrededor, eran de un tronco grueso y de apariencia robusta. Sus copas eran tan altas y frondosas que parecía un manto que colgaba en el cielo, solo unos rayos de luz eran capaz de penetrar la tupida vegetación. La penumbra se extendía por entre los troncos de los extraños árboles, y el suelo era tan blando por la gran cantidad de hojas que lo conformaban.

Estaba inquieto, todo este paisaje de forma antropomórfica bizarra salida de una pesadilla, era lo que le reflejaba aquel bosque. En el cual, no podía divisar tierra entre la tupido suelo de hojas. Se acercó al árbol más próximo, para percatarse que en su corteza habían marcas, signos que para él no tenía sentido alguno, eran raros. No entendía si la corteza había crecido de esa forma, o habían sido tallados por alguien.

Mostraban alguna especie de escenas parecidas a un tipo de rito o culto. A un ser de gran tamaño, superior a la altura de un humano, tenía grandes extremidades y era tan delgado que su altura se desdibuja, parecía vivo. Su rostro estaba marcado por una especie de velo. Cada vez Max se fue acercando más, y logro ver unas figuras que estaban a los pies de aquella extraña criatura. Eran figuras de un tamaño mucho más pequeña en comparación a la figura central, serian alrededor de un cuarto del tamaño

total de la extraña figura.

Se sintió observado, era tal impresión que le aterrorizaba girarse. Escuchaba una respiración profunda, pero tan leve, que le era difícil de percibir. Estuvo de pie ahí, en medio de este extraño bosque alrededor de algunos minutos, al lado de ese raro árbol. Pero la sensación de ser observado le parecían horas, le parecía eterna. Un dolor punzante en la cabeza le hizo arrodillarse, no sabe cuánto tiempo estuvo ahí, en ese extraño bosque arrodillado. Su cabeza le retumbaba en un fuerte dolor punzante, en un momento fue tan agudo el dolor que le pareció escuchar una voz débil, unas imágenes muy vividas sobre él recorriendo a las afuera de la población hasta insertarse en un sendero. Justo en ese momento el dolor se desvaneció, los temblores y el miedo de sentirse observado todo se desvaneció. A Max le pareció realmente extraño lo que vio en esa visión, el no recordaba nada de lo que vio. Claro, estuvo jugando con sus amigos del colegio que vivían cerca, pero no de estar solo a las afuera de la población. Max decidió no dar más vuelta al asunto, se levantó y procedió a desenvolver la bola de papel que tenía en la mano.

Eran tres hojas arrugadas que contenían en cada una un dibujo diferente que no lograba entender. En la primera hoja, contenía un dibujo de un ser erguido, cubierto por mantos en los hombros y en la cadera, sus extremidades eran extremadamente delgadas, con un doble par de brazos y tres piernas para cada lado y, una de todas esas extremidades, estaba agarrada a la mano de un niño.

En la segunda hoja, dos niños se escondían detrás de un árbol, mientras la criatura, colgaba como arácnido desde arriba, observándolo desde el follaje del árbol en el que estaban.

La última hoja solo estaba el extraño ser en medio, con sus brazos y piernas extendidas. Y estas extremidades eran el triple de antes, además el velo del rostro ya no estaba. Su rostro era cadavérico pero sin ninguna abertura, el ser era extremadamente delgado. El dibujo le era muy real. No solo era una especie de huesos expuestos, había una especie de pellejo seco recubriéndolo. Ver a este ser antropomórfico pero de una dimensión bizarra, le provocó a Max un miedo tal que dejó caer la hoja, que por esas casualidades cayó girada. Max miró aquella hoja en el suelo, y vio, como se dibujaba un dedo huesudo apuntando una palabra que se iba haciendo visible poco a poco. Max leyó lo que se había escrito en la hoja, decía: corre.

El chico, sintió un escalofrío de una mirada penetrante, cada vello de su cuerpo se erizó. Comenzó a caminar sin rumbo, empezó suavemente, buscando una forma de parecer normal, intentando no demostrar el pavor interno, y el miedo sublime que sentía. Sentía que iba a la deriva camina cada vez más deprisa. Que no tenía un rumbo en este extraño bosque en el que se encontraba. No parecía cambiar, parecía que cada árbol, cada

hoja que pisaba se repetían en una cierta secuencia, y cada vez, el ambiente se ponía más pesado, el aire más espeso y denso. Su turbante improvisado estaba empapado en sudor, al igual que su cuerpo.

Max sentía en su interior, que esta presencia lo observaba cada vez más cerca. El terror se apoderó aún más de él, solo pensaba querer salir de este bosque.

No lo había notado, pero estaba corriendo, corriendo como una presa arranca de su depredador, cada vez corría más, todo lo que su cuerpo era capaz de dar. No le importaba que las ramas y los arbustos pequeños le rasguñaran su rostro, sus brazos. Pequeñas gotas de sangre resbalaban lentamente de los cortes, a través de sus brazos pasaban por sus manos para terminar en las yemas de sus dedos, para caer en ese suelo de hojas marchitas.

La vegetación aumentaba, se volvía cada vez más áspera, más afilada, se volvía cada vez más difícil avanzar. Era como si este bosque jugara con él, le parecía vivo, como si la penumbra producida por el follaje, fuera nublando sus ojos, y este bosque lo disfrutaba.

El bosque era silencioso, solo se oían las pisadas desesperadas de Max, no había grillos, no había sonidos de aves, solos sus cansados jadeos y los sonidos de las hojas pisadas que producía en su carrera por salir de este bosque. Solo el sonido producido por él rasgaba el sepulcral silencio.

Cada vez más agotado, fue reduciendo su velocidad hasta finalmente detenerse. Su cuerpo estaba empapado en sudor, y el único sonido que existía en ese silencioso bosque, era el de su respiración entrecortada. No sabía que sucedía, tenía miedo en todo momento mientras corría, sentía ese algo atrás suyo. Jamás pudo alejarse de la extraña sensación de estar siendo observado, de ser perseguido. En esto estaba pensando cuando oyó crujir las hojas atrás suyo. Se giró casi al mismo momento de sentir el sonido, su rostro estaba pálido, podría compararse al color de la blanca nieve en la cima de Los Andes. Una obscuridad sublime, eterna, era lo que Max veía, fijó todos sus instintos en escuchar, en percibir cualquier movimiento. Sus ojos estaban fijos y observaban. Observaban detenidamente el lugar que creyó de dónde provino el ruido. Estuvo observando, parado en medio de la penumbra sin moverse, quizás fueros unos minutos o talvez más. No movió ni un musculo, todo su ser estaba enfocado en ese punto, él estaba seguro. Poco a poco su vista se acostumbró a tal penumbra, hasta que vislumbro una extremidad, extremadamente larga, extremadamente fina, en su mente recordó las hojas que encontró y en especial la última.

Volvió a correr, tan rápido como su pequeño cuerpo en desarrollo podía.

Un cuerpo de niño. Un niño de once años.

Ahora eran audibles las pisadas, se sentían cada cierto rato atrás de él. Sintió terror, desesperación, las lágrimas brotaban de sus ojos y caían por sus mejillas. En lo único que pensaba, era en su madre.

Sus músculos se tensionaron con los movimientos desesperados, el cansancio en su cuerpo empezó a sentirse, ahora aún más fuerte. Sus piernas empezaron a fallar, su cuerpo cayó, una sombra se proyectaba sobre Max.

Sintió que aquello, ese ente famélico y bizarro le absorbía, le iba succionando. Paralizado, un frío le recorrió desde los pies a la cabeza. Un terror indescriptible, un terror que lo llevaría a la locura. El pavor de saber que morirás, que te estremece, helando la sangre, y sintiendo que miles de agujas se entierran en tu carne.

La sombra crecía cada vez más, envolviendo al niño en una obscuridad total.

En la población su madre mira el ocaso. Ese momento en que en el horizonte se funde, logrando el intermedio entre el día y la noche. En esa inmersión el viento la acompaña, haciendo revolotear su cabellera ondulada, viendo tal visión susurro:

-Que tranquilo ha estado el día. ¿A qué hora llegara Max?